

Fray Pablo del Santísimo Sacramento: *Al amor de los karibes*. Ediciones UNAULA, Medellín 2011. pp. 270.

Ángel Cayo Atienza Bermejo era el nombre de quien en vida religiosa se hiciera llamar Fray Pablo del Santísimo Sacramento, monje navarro que nació el 27 de febrero de 1909 y murió el 15 de mayo de 1993 en Cúcuta, Colombia.

La misión que Jesucristo encomendó a sus discípulos fue la siguiente: *Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva y haced discípulos a todas las gentes* (Mt 28,18-20). *Id por todo el mundo, proclamad la Buena Nueva a toda la creación* (Mc 16,15). El papa Juan Pablo II dirigiéndose a los obispos latinoamericanos en Haití presentaba esta misión en los siguientes términos, *nueva evangelización: nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en sus expresiones* (1983)¹. Sobre esto se entiende claramente que, debido a los nuevos contextos en los que nos encontramos y a los cambios acelerados que como sociedad y cultura estamos viviendo, es necesario que los cristianos que se sientan llamados a esta misión se pongan a la vanguardia para seguir presentando el mensaje de Cristo según los retos y las formas que nos impone nuestra actualidad.

Ahora bien, *Al amor de los karibes* fue publicada por vez primera en 1944, relativamente cercana en el tiempo a las palabras del Papa Juan Pablo II. Uno no se imaginaría que en pleno siglo XX un grupo de misioneros, movidos por el mismo mandamiento de Cristo, antes señalado, avanzaran selva a dentro para vivir la misión no según la innovación indicada por el Papa sino más bien al estilo de la evangelización en tiempos de la Colonia. Lo que nos presenta esta obra es un extraordinario relato en el que se muestran con claridad, habilidad y hasta buen humor, las alegrías, las tristezas, las dificultades humanas, materiales y naturales con las que debieron vérselas Fray Pablo y sus compañeros para cumplir con su vocación religiosa.

El lugar en el que desarrolla gran parte de la historia es Urabá y al comienzo de la obra se nos presentan algunos detalles de ese contexto: “es un territorio lleno de cosas descomunales, a veces disparatadas, situado en la

1 http://www.inculturacion.net/phocadownload/Autores_invitados/Garcia_La_mision_para%20la_nueva_evangelizacion.pdf

esquina noroeste de Colombia: 11.664 kilómetros cuadrados que reciben el nombre de golfo por donde entraron los primeros hombres europeos al continente...”². En toda esa enormidad de tupida selva se movían misioneros católicos buscando a los pobladores más escondidos en el afán de que Cristo se hiciera presente en sus vidas por lo menos en una visita al mes o al año, en la que, como se comprende, tenían que realizarse todos los sacramentos: bautizos, confesiones, extremaunción, la eucaristía por supuesto, así como brindar consejos, a veces servir de juez y todo lo que la circunstancia ameritara.

La mayor parte de las aventuras narradas por nuestro monje carmelita Fray Pablo se refieren a los viajes que él debía emprender a los diversos caseríos de aquella región: Carauta, Taxidó, Pegadó, Pavarandoncito, Frontino, Dabeiba, entre muchos otros. De un lugar a otro debía enfrentarse con toda la gama de peligros que una selva, todavía virgen en muchos aspectos, podía ofrecer a quienes le retaban, se tratara de cura, indio o contrabandista: los innumerables y traicioneros ríos, las millares de serpientes de aquella zona, la soledad del camino y todas las sombras y ruidos imaginados, el calor húmedo y asfixiante o sino, la lluvia, inesperada y torrencial. Pero lo que nos presenta el autor no es la protesta por aquellos elementos naturales, belicosos y salvajes, como recién salidos del big bang creador, sino la admiración y reverencia como obra y presencia imponente de Dios. La obra nos describe a un héroe de la fe que se mueve en esa tensión, entre admiración por la majestuosidad de ese paisaje y su propia pequeñez y vulnerabilidad, revalorizada, sanada y puesta en marcha una y otra vez por la fe en Cristo y el compromiso con la misión. Además, la tensión entre esa naturaleza salvaje y el indio, que, a fuerza de relacionarse la una con el otro, se modificaban constantemente perdiendo la una lo que ganaba el otro y viceversa, es decir, siendo cada vez más dócil la naturaleza y más salvaje el indio.

Ahora bien, lo común en esa naturaleza y en ese hombre es la inocencia, la pureza de corazón de aquellos habitantes que nuestro autor destaca. En ese *corazón-tierra buena*³, utilizando la metáfora del Evangelio, la palabra de Dios (semilla) llega al fondo del corazón sin obstáculo alguno, tan

2 FRAY PABLO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO: *Al amor de los karibes*. Ediciones UNAULA, Medellín 2011. P. 11. Estudio preliminar de Jairo Osorio Gómez.

3 Mt 13 1-17.

sencilla como es, sin adornos ni recovecos teológicos, sin vicios, sino simple, como las dijera Cristo a aquellos sencillos judíos que le escuchaban sus prédicas. El otro elemento central en esta evangelización es que quien la portaba, es decir, el misionero, era ejemplo coherente y digno de ese mensaje. Para los indios, los misioneros (padresitos⁴) representaban una autoridad en muchos aspectos, el primero el religioso, pero además en lo moral, en la salud, pues, aunque tenían sus medicinas tradicionales siempre acudían a la misión en caso de que la hierba no diera resultado. Esa admiración y ese respeto se lo ganaron los misioneros a fuerza de arriesgar su vida en la selva para atender a esa grey dispersa, ya sea viajando dos días para atender un parto, o tres días para una extremaunción, o kilométricas caminatas para atender los diversos asuntos propios de aquellos pueblos.

Otro aspecto a resaltar es la forma de narrar la historia que utiliza nuestro autor. Se trata de un relato tremendamente cautivador, tanto que al lector poco avisado podría olvidársele que se trata de un testimonio de la vida real y que los peligros vividos por el protagonista no son ficción sino realidad. Es muy fácil hacer la conexión de este relato épico con Indiana Jones en sus más arriesgadas películas. A propósito de este género de vida nos dice:

“Como se ha podido apreciar por el anterior relato, la vida misionera no es precisamente una vida muelle y sedentaria. A cualquier hora del día o de la noche reclama un cristiano sus servicios a dos leguas, a cuatro leguas, a seis leguas de distancia y el misionero ensilla y en marcha.”⁵

Realmente resultan admirables las historias contadas en esta obra y más aun sus protagonistas. Un aspecto importante resaltado por el autor es la vida de los pobladores de aquellas zonas apartadas del orbe: la mayoría indios katíos presentados como gente noble, sencillos, libres como la naturaleza y sinceros cristianos. En una escena en la que Fray Pablo estaba leyendo en su despacho se le aparece un indio y entonces:

4 En la obra aparece así *padresitos* y no *padrecito* como acostumbramos. Es posible que eso responda a alguna particularidad de la lengua indígena katía de la que nuestro autor era gran conocedor.

5 *Ob. Cit.*: p. 96.

“Nos miramos y nos sonreímos; y al ver que nada me decía, seguí en mi lectura, y él se puso a mirar y a tocar cuanto libros y objetos estaban a su alcance. Ésta es la costumbre de Dabeiba: indios y no indios penetran en la casa cural como Pedro por la suya y tocan y miran cuanto hay, y si a mano viene se llevan lo que les interese. Los indios nunca tienen prisa⁶.”

La cita anterior nos presenta a dos hombres, y en ellos dos mundos, conviviendo y estrechando lazos a través de la fe. En principio, se podría pensar que esta obra nos muestra lo que los indios recibieron de parte de estos arriesgados misioneros, sin embargo, en la lógica cristiana la única manera de recibir es dando. Según esto es comprensible la experiencia de fe de esos heroicos misioneros, pues no se trataba de cuánto estaban dando sino de todo lo que recibían de aquellos preferidos de Jesucristo. Este apasionante y cautivador relato despierta en el lector gran admiración por quien vivió la misión desde tan riesgosa cotidianidad y nos reta, a los creyentes claro está, a transitar las junglas de nuestro presente para seguir evangelizando con las particularidades de nuestro tiempo. En ese sentido, la obra, *Al amor de los katíos*, viene a ser un medio a través del cual los sudores, las penas, las alegrías, las enfermedades, las luchas y las tragedias de los misioneros de Colombia trascienden la selva y siguen dando fruto en los corazones de quienes hemos tenido la dicha de leerla.

Jaime Palacio

Universidad Católica “Andrés Bello”

Caracas-Venezuela

jaipacio@gmail.com

6 *Ibidem*.